

(CUATRO PLIEGOS.)



VERIDICA Y MARAVILLOSA HISTORIA

DE LAS CELEBRES AVENTURAS

**DE ALEJO COLLET.**

O SEA EL DOCTOR EN LA CIENCIA DE LA ESTAFA.



Madrid.

Se hallará de venta en la plaza de la Cebada, núm. 96.

1857.

VERDAD Y JUSTICIA

Villalpando  
17500

Cremona

Villalpando

VERDAD Y JUSTICIA  
DE LAS CIUDADES VILLAS

DE ALEJO COLOMBO

O SEA EL DOCTOR EN LA CIENCIA DE



no hallará de venta en la plaza de San Juan  
17500

# VERIDICA Y MARAVILLOSA HISTORIA

DE LAS CELEBRES AVENTURAS

## DE ALEJO COLLET.

### CAPITULO PRIMERO.

*Origen carácter y educacion del héroe de esta veridica historia.—Primeros hechos que justifican su reputacion de hombre astuto.—Es admitido en clase de educando en el convento de S. Lázaro, en Florencia.—Su entrada en la carrera de las armas.*

**D**AREMOS principio á la historia de nuestro héroe, relatando en pocas palabras algunos pormenores de su infancia. Nació el dia 10 de abril de 1785. Su cuna fué Belley, pueblo situado en el departamento del Ain. Apenas contaba ocho años, cuando á consecuencia del sistema de terror que dominaba en Francia, el padre de Collet, artesano que tenia algunos intereses, determinó alistarse en el batallon de voluntarios de su pueblo, y al poco tiempo obtuvo la graduacion de capitán y despues la de gefe del batallon, con cuyo grado murió en el sitio de Montone. El jóven Anselmo (tal era el nombre de nuestro héroe), quedó huérfano de padre, al cuidado de su madre, cuyos recursos para en adelante debian de ser algunos escasos, y así fué enviado á casa de su abuelo para que este se encargara de su educacion. Débil el anciano y astuto el niño, mas de una vez se vió perplejo el pobre abuelo sin saber de que medios valerse para cortar en su principio las continuas travesuras de su endiablado nietecito.

Amigo mio, le dijo un dia el general D... que vivia cerca de su casa, de poco os apurais. Oid un consejo y de fijo que os surtirá efecto: acariciad con una baqueta de fusil las espaldas de vuestro revoltoso nieto, y ya sabreis decirme el resultado. El viejo siguió el consejo de su amigo; pero Collet que lo habia oido dar, guardó en su corazon el deseo de la venganza; y se vengó. Al dia siguiente salió en busca de todas cuantas nodrizas pudo encontrar cerca de Belley, las decia que iba de parte de la generala D... que efectivamente se hallaba en cinta, y ya bastante adelantada. El primer dia encontró nueve, y las citó para que se presentáran el domingo próximo á las doce en punto en casa del general. Muchas fueron las nodrizas que reclutó el niño Anselmo durante los cinco dias que empleó en sus diligencias, y á todas encargó que se presentáran el mis-

mo día, á la misma hora y en el mismo sitio. La idea de ser nodriza de un hijo de general tenia la cabeza trastornada á aquellas pobres mugeres que con grande ansiedad aguardaban el dichoso domingo. Todas procuraban contentar al tierno emisario; unas le regalaban dulces, otras juguetes, de modo que el revoltoso niño hizo su agosto. Pero esta burla no satisfacía del todo la venganza de Anselmo, y para que esta fuese completa, se presentó el sábado por la tarde al mejor pastelero de la ciudad, y le dijo: que iba de parte del general D... para que le tuviese preparados para la mañana del día siguiente quince docenas de pastelillos y otras tantas de bizcochos.

No dudó un momento el pastelero de la verdad de cuanto acaba de decirle el jóven Collet, pues sabia que su familia era amiga y vecina de la del general. de modo, que poniendo un par de bollos en manos del travieso cinco, mandó á todos los dependientes de la casa que pusieran manos á la obra. Como la cantidad del pedido era algo crecida, tuvieron que velar toda la noche; pero al día siguiente por la mañana el trabajo estaba ya concluido.

Llegó por fin el domingo, dieron las doce, y una nube de nodrizas se vió asaltar por todas partes la casa del general. A los pocos momentos toda ella estuvo llena: corral, patio, antesalas, salones... por todas partes, solo se veian nodrizas. Al ver un espectáculo de especie tan rara, todos los vecinos se asomaban á los balcones y ventanas, y se preguntaban los unos á los otros, si el general tendria la comision de formar algun nuevo regimiento de Amazonas, cuyo destino diferente del que tuvieron sus antepasadas, fuera la propagacion de los héroes que se batian entonces en Italia y en Alemania. Loco estaba el general de oir tantos gritos, tantas súplicas, tantas solicitudes, todos á la vez y en todos los tonos que encierra el pentágrama. En medio de aquella confusion se oyó una voz atronadora que hizo calmar por un momento los desaforados gritos de aquella jauria de mugeres. Fuera, repitió la voz: «cabrid pasó» y al momento dividiéndose en dos partes aquel mar mugeril, dejó sitio para que pasara el pastelero con sus aprendices que llevaban al general las quince docenas de pastelillos y otras tantas de bizcochos. Figúrese el lector con que ojos no fueron contemplados por la turba femenina aquellos incitantes frutos del arte de repostería.

La presencia de esta nueva comitiva hace dudar al general de si está durmiendo ó despierto, y creyéndose ya juguete de alguna pesada burla, arroja á puntapiés á los aprendices del pastelero. Mas no era este argumento para poderse emplear tambien con las nodrizas, de modo que no sabia el buen hombre que partido tomar. Fuera de sí, juraba y perjuraba que romperia los huesos al autor de la burla, pero los juramentos y los perjuros de nada servian. Las nodrizas estaban siempre *erre* que *erre*, y ya en situacion tan critica no le quedaba al pobre general otro remedio mas que transijir. Mandó, pues, distribuir entreaquellas mugeres las 15 docenas de pastelillos y las 15 de bizcochos, á los que añadió 15 botellas, y al momento cesaron los gritos, y un sepulcral silencio sucedió á aquella escena de alboroto y confusion. Comer y gritar á la vez, no es posible, de modo que aprovechando el general aquel momento de calma dijo en alta voz, que habia elegido la nodriza que debia criar á su futuro vástago, y dicho esto las despidió en tono imperioso, lo que ejecutó con alguna resistencia aquella falanx mugeril.

Collet, que desde una ventana de la casa vecina estaba observando la funcion desde su principio, soltó una estrepitosa carcajada al ver el feliz resultado de su venganza y se consideró ya remunerado de los golpes de baqueta que por

consejo del general le habian dado. Aun cuando niño no se le ocultó á Anselmo las malas consecuencias que podria tener para él tan pesada broma, de modo que sin despedirse de ninguno de sus conocidos se marchó á casa de su tío materno, cura de la parroquia de san Vicente en Chalons-sur-saone. El buen cura acogió tiernamente á su *tierno* sobrino y escribió al abuelo que el tomaba á su cargo la educacion y el porvenir de Anselmo. Los acontecimientos políticos turbaron, empero, la tranquilidad del venerable pastor: pretendieron hacerle jurar fidelidad á la república, negóse él á prestar tal juramento y en su consecuencia se vió obligado, para no perder la vida ó la libertad, á huir á Italia á donde se llevó á su sobrino á quien amaba con toda su alma. En cuanto llegaron á Florencia, el arzobispo de Albi, Francisco de Bernis, detiene al tío y le agrega en calidad de capellan á su servicio, y Anselmo es conducido al convento de san Lázaro, en donde debia seguir su educacion.

Pasaron cuatro años, en los cuales Collet se familiarizó, por decirlo así, con la *liturgia*, la que de mucho le sirvió para la ejecucion de sus detestables bromas, y aprendió el italiano con tanta facilidad que lo hablaba ya como un hijo del país. En cuanto á lo demás su educacion fué tan descuidada que apenas sabia las nociones preliminares de aritmética, cuando terminados los trastornos revolucionarios, regresó á su país. Llegado que hubo á su pueblo se encargó de su educacion un hermano de su padre, y por su influjo entró en el Pritaneo de Fontainebleau, escuela militar establecida para la instruccion de los oficiales jóvenes.

A principios del año 1804, diez meses despues de su entrada en el colegio, salia Collet con su despacho de subteniente con destino al regimiento num. 104, que entonces se hallaba en Brescia, y fué colocado en la 5.<sup>a</sup> compañía del tercer batallon.—De este modo iba adquiriendo Anselmo los conocimientos que debían servirle en el porvenir para finjirse obispo, general, inspector, etc., etc.—Lo que á la verdad era mas fácil de lo que á primera vista parece. Muertos eran los sacerdotes que en aquella época de trastorno general sufrieron los azares de la emigracion, por lo que no era fácil que hubiese en el personal del clero una grande regularidad, y con esto la facilidad de abrogarse cualesquier título eclesiástico. Por otra parte la Francia estaba en guerra con la Europa entera; los oficiales superiores, hoy estaban en una parte, mañana en otra, y á esto puede añadirse que el ministerio mas de una vez descuidaba el dar á conocer oficialmente la mision de que se encargaba á este ú otro general. En el contesto de la historia veremos las grandes ventajas que supo sacar Collet de este estado de cosas.

## CAPITULO II.

*De como Collet persuadido de que no todo es brillo en el servicio militar, se prometió formalmente abandonarle para siempre.—Primer goce de Collet.—Determinase á tomar el hábito de novicio en el convento de S. Pedro de Cardinal, donde hace patentes sus cualidades de estafador.—Collet hecho marqués de motu proprio se salva en fuerza de su audacia de un inminente peligro.*

**J**AMAS faltaron á Collet ni valor ni audacia; pero su ambicion mas era por la riquezas que para la fama, de modo que ningun apego tenia á la profesion

las armas. Poco alternaba con sus compañeros, y en vez de asistir á sus reuniones preferia pasar los ratos libres con el superior del Convento de capuchinos de Brescia, lo que dió lugar á que fuera el objeto de los continuos chistes de los oficiales y soldados de su Regimiento.—A poco aquel cuerpo marchó hácia el enemigo, y en la primera batalla fué Collet gravemente herido por un casco de bomba, en el estado derecho. El jóven oficial fué llevado al hospital provisional y luego al de San Jaime de Nápoles, en donde juró no volver á esponerse á la metralla.

Este era el ánimo de Collet, cuando uno de los gefes del batallon fué conducido al hospital peligrosamente herido, y colocado en una cama vecina á la de Collet. El jóven subteniente que ya estaba bastante mejorado, prodigaba á su compañero de desgracia los cuidados mas esquisitos; pero la situacion de aquel gefe fué empeorando de dia en dia, hasta desaparecer toda esperanza de vida. En su último momento el gefe veterano puso en manos de Collet su reloj que era de mucho precio, unas cuantas joyas y sobre 5.000 francos que era todo cuanto poseia.—No tengo herederos forzosos, le dijo el veterano, recibid todo lo que poseo, en recompensa de los muchos cuidados que os he merecido, y continuad *sirviendo á la república como la sirven los valientes*

Este acontecimiento, decia despues Collet, fué el primer goce de mi vida.

Goce singular que comienza por un casco de bomba recibido en medio del cuerpo, y acaba por la muerte de un veterano oficial. Pero Anselmo no entendia ni á principios ni á fines. La vista del oro ensanchaba su corazon. Hasta entonces no habia poseído ni la décima parte de aquella suma, y esa cantidad le deja entrever placeres infinitos. Ahora la vida será para mí alegre, decia Collet. Qué importa á aquel viejo oficial encerrado en la tumba que la república tenga un defensor mas ó menos. ¡Lleve el diablo la guerra y viva la alegría!

Pero este dinero se concluirá, y es preciso proveerse de medios para el porvenir.

Aquí comienza la larga cadena de crímenes y delitos que debian eslabonar uno á uno los dias de este hombre. Sus primeros recursos fueron la hipocresia, que le valió el favor del capellan.

—Ay! padre mio! le dijo Collet un dia ¡Cuanto me pesa haber abrazado una carrera en que es tan difícil la salvacion!

—Por qué no renuncias á ella y entras en el camino de la salud?

—Yo no soy dueño de mí mismo, y á no ser desertando.....

—Tranquilizaos. Este es uno de los casos en que el fin justifica los medios. No penseis ahora mas que en restableceros, que yo os prometo orillar este negocio. Sois jóven, tenéis algunos estudios, podeis completarlos, y si quereis entrar en la órden....

—¡Oh padre mio me abris las puertas del cielo!

—El religioso estaba encantado. Collet se regocijaba de poder abandonar la carrera de las armas, á la que no tenia inclinacion.

No es esto decir que se sintiera mas dispuesto por la Iglesia, sino que siempre en su arbitrio *ahorcan los hábitos*; á mas, Anselmo entreveia ya el medio de llegar á la opulencia por el camino del cielo. Cuando se hubo restablecido, el capellan le buscó un traje de paisano en cambio del de militar, y le condujo al convento de misioneros de San Pedro en Cardinal, en el que por recomendacion suya fué recibido Collet como novicio el 5 de Febrero de 1806.

Collet estudió con ardor, porque su resolucion estaba tomada, y conocia muy

bien que la ignorancia podia ser un escollo en la senda en que pensaba lanzarse. De este modo se pasaron dos años.

Anselmo en otra época habia ensayado el yugo del Señor, y su carga le pareció fácil y ligera. Complacido el superior de la conducta del novicio, mandó darle la tonsura clerical, y tres meses después el Obispo de la Valina le confirió las órdenes menores.

El convento enviaba todos los años una porcion de misioneros destinados á la Pouille, y uno de ellos fué Collet. Apenas se pusieron en marcha dirigió el novicio la palabra á sus compañeros en los términos siguientes: «Hermanos míos, mis estudios son arto pobres para que pretenda aspirar al honor de hacer triunfar entre los fieles la palabra divina: por otra parte soy el mas jóven, de modo que las funciones mas humildes me tocan por derecho; llevad á bien que yo me encargue de la colecta.

No habia razon ninguna para que fuera rehusada aquella carga, que era á la vez la mas trabajosa y desagradable, y he aquí á nuestro Collet con su palabra dulce, sus maneras de hombre corrido, sus oportunos chistes y sus contestaciones espirituales; ved aquí á nuestro hermano que empieza á vendimiar en la viña del Señor. Los primeros dias fueron las limosnas las mas abundantes que se habian hecho hasta entonces, aumentándose la fama del hermano colector. De cierta táctica se valió Anselmo que en menos de un mes era tenido por el mas hábil colector de la cristiandad, sin embargo de haber aborrado 6,000 francos, que juntos á los que poseia podia su caja particular en muy buen estado.

Encantado el superior de la conducta y modestia del jóven clérigo, habló de la próxima ordenacion; pero Collet manifestaba con la mayor humildad que no se creia bastante digno aun, y á fin de captarse mas la voluntad del superior, solicitó ser el encargado de doctrinar los niños para la primera comunión, cuyo cargo le fué conferido. Entre los que enseñaba era uno de ellos el hijo único del síndico de Cardinal, circunstancia que Collet aprovechó para hacer alguna que otra visita á aquel magistrado, que le recibió en su despacho donde tenia las hojas de los pasaportes en blanco firmadas por él; Collet, en una de sus visitas robó una docena. Desde entonces todas las puertas se las encontraba francas. Era jóven, audaz, instruido; tenia oro... tenia papeles. Falta advertir que Anselmo unia al ardor de un jóven la sangre fria de un criminal consumado, de modo que solo le faltaba ponerse en carrera. Así fué que determinó abandonar el convento, queriendo hacerles un saludo digno de él.

Tenian los misioneros de San Pedro, en Nápoles, un banquero encargado de cobrar las rentas de la comunidad, el cual venia con frecuencia á Cardinal, donde poseia considerables bienes. Sobre esta base hizo girar Anselmo su tren de batir, y aproximándose un dia al superior le dijo: Padre mio, yo poseo en Francia un beneficio de 10,000 francos; pero habiendo desertado, como ya sabeis, y no pudiendo dar á conocer mi retiro sin esponerme al mayor riesgo, he cesado de percibir mis rentas. Por tanto, si vuestra reverencia accede á ello, podré zanjar este negocio con el banquero ordinario de la casa, lo que me puedé poner en posicion de probar como deseo mi gratitud á la comunidad, á cuya generosidad debo tan venturoso asilo.

Al escuchar estas palabras el buen Abad, se conmovió hasta el punto de derramar lágrimas. Id, hijo mio, le dijo con efusion; id á Nápoles y conducid ese negocio como mejor os plazca... ¡que Dios os guíe!

—Yo confío en que vuestra reverencia no me negará una carta de recomendación para el banquero...

—Os la daré con toda mi alma... Pues, qué ¿puedo yo renunciar algo á aquel á quien Dios no rehusaría nada?

Al día siguiente por la mañana se dirigió Collet á Nápoles provisto de la carta y además de una caja que contenía una sortija de gran valor que el superior enviaba al banquero para que le comprase otra de igual precio, que había de remitirle con su recomendado.

El banquero le recibió con los brazos abiertos, y el asunto se llevó á cabo sin dificultad, recibiendo el *joven francés*, nombre que daba á Collet en su carta el superior, al día siguiente 22,000 francos por sus pretendidas rentas y la caja con las sortijas, cuyo valor ascendería á 5 ó 6,000. Compra inmediatamente traje de paisano, *ahorca los hábitos*, llena con el nombre del Marques de Doula uno de los pasaportes que había sustraído del despacho del síndico de Cardinal sale en seguida de Nápoles; y en un carruaje alquilado en las cercanías se dirige á Capua. No bien hubo llegado á la puerta de la ciudad una nube de agentes de policía rodea el carruaje y le pide su pasaporte; él les entrega el que acaba de fingir, y los agentes al recibirlo le preguntan el nombre de la posada en que se hospedaría.

—En la fonda de los extranjeros, respondió Collet procurando á duras penas serenar su rostro.

—Pues bien, á la fonda de los extranjeros se os llevará vuestro pasaporte.

Collet quedó petrificado. Poco faltó para que saltase del carruaje y echase á correr como un loco; pero repuesto inmediatamente, volvió á recobrar su sangre fría, resolviendo seguir el hilo de aquella aventura. Llega á la fonda de los extranjeros, hace brillar el oro, manda á lo magnate y todos se humillan ante él. Solo Collet no estaba satisfecho de sí mismo. Se sienta á la mesa, y no bien lo había verificado cuando se presentó el comisario de policía; pero Anselmo era tal que á medida que aumentaba el peligro, se aumentaba la audacia.

—Señor marqués, dijo el comisario, yo espero que tendréis la bondad de no imputarme la falta de que mis agentes se han hecho culpables para con vos; falta, cuyo perdón he querido venir á implorar yo mismo, así como á devolveros el pasaporte que no debió salir de vuestra cartera.

Collet que un momento antes sintió agolpase la sangre á su corazón, recobró su calma completamente, y dijo al comisario:

—Vuestros agentes han cumplido con su deber, y en vez de quejarme de su conducta la aplaudo. Con tales agentes no lo han de pasar muy bien los malhechóres.

—El de la policía hizo un saludo respetuoso. Collet tuvo la audacia de convidarlo á comer, y héte aquí amigos al ladron y al comisario, que se miran cara á cara y que se hacen cumplidos á porfía.

—Vuestras funciones en estos tiempos de revueltas deben de ser muy penosas.

—Por favor, señor marqués, no me habléis de eso. Siempre estamos con el alma entre los dientes. No parece sino que todos los ladrones de Europa se han dado cita en Capua. Yo no como ni duermo...

—Qué os parece esta trucha?

—Esquísita señor marqués... ¡Los criminales me matan á fuerza de...

—Oh! basta veros para conocer que hareis correr á los perillanos.



—Les liago una guerra á muerte, para mi ni el oro, ni el traje, ni el nombre... Un ladrón me dá á mi en la nariz como al gato la tempestad. Siento á los bribones desde una legua... Collet se conmovió.

—Qué os sucede señor marqués? exclamó el comisario. ¿Os poneis pálido?

—Si, en efecto, el cansancio del viaje, la falta de aire!... Estoy malo!

El comisario, á quien los ladrones les daban en la nariz, abrió las ventanas para que el señor marqués se restableciera: esto bastó para conformarse de todo.

Collet creyéndose aun cerca de Nápoles, compró al otro dia un carruaje, y partió para Gaëta, no sin un gran disgusto del comisario, excelente conecedor de ladrones, que así deja deslizarse entre sus manos al mas osado de ellos.

Oh! que necio he sido! se decia Collet al partir. Yo hé debido divertirme con ese hombre... pero mi picara turbacion!... no, vive Dios que no me sucederá otra vez.

### CAPITULO III.

*Collet robó á un oficial ciertos papeles que le proporcionan la suerte de relacionarse con el Cardenal de Fesch.—Se hospeda en el mismo palacio del Cardenal donde se hace llamar el caballero de Tolozan.—Fingiéndose millonario halló el modo de estafar á un comerciante en Roma.—Segundo peligro en que se vé Collet y del cual se salva con astucia y dinero.*

**O**RGULLOSO nuestro caballero de industria se dirigia á Gaëta, cuando en las cercanias de Gondé vió á un oficial que caminaba á pie en medio de un sol abrasador. Collet, mandó parar el carruaje que le conducia, y ofreció al oficial un asiento á su lado. Aceptó contestó este, por que tal vez no podria llegar á mi destino: Montó en el carruaje siguiendo este su interrumpida marcha. ¿Donde os dirigis? preguntó Collet al oficial su improvisado compañero de viaje: á Terracini le contestó este. Nuestro *marqués* continuó haciendole mil preguntas, ofreciendo al oficial su influencia con personas de elevada posicion y que no podrian negarle nada. El oficial sacó de su bolsillo una cartera que contenia su hoja de servicios su nombramiento de capitán, el diploma de caballero de la legion de honor, una licencia y varias cartas. Collet examinó aquellos documentos sin afectacion y devolvió su cartera al oficial.... ¡La cartera estaba ya vacia! Luego que llegaron á Terracini, se despidieron, dando las gracias nuevamente al *señor marqués*, el pobre oficial que tan indignamente habia sido robado. Collet, parte para Roma, algunos dias despues, llegó á esta ciudad, teniendo la precaucion á su llegada de abandonar á su criado para poder mudar de carácter á su sabor.

Provisto de los papeles del desgraciado capitán, tomo su nombre colocose en un ojal de su frac la cinta de la legion de honor, y se hizo llamar el caballero Tolozan. Con este nombre, que era el del oficial robado consiguió relacionarse con gran número de altos personajes.

Una noche estaba Collet en una reunion de personas distinguidas en la cual se habia hecho presentar, cuando se le aproximó un sacerdote y le dijo.

—Tengo el gusto de hablar al señor Tolozan de Leon?

—En esa ciudad he nacido respondió Collet con extraordinario aplomo.

—Entonces somos paisanos y además sois cuñado de mi querido amigo M. de Courtine ...

Collet, estuvo á punto de turbarse, pero recordando que entre los documentos escamoteados al oficial, se encontraban algunas cartas firmadas por Courtine, sacó la cartera y entregó al eclesiástico aquellas cartas.

—No cabe duda sois el mismo, la letra y la firma de un amigo, exclamó lleno de júbilo aquel venerable anciano, engañado también por Collet. Yo no puedo permitir continuó que tengais otro alojamiento que el Palacio del Cardenal Fesch de quien soy secretario, y....

—Os estoy agradecido señor, pero....

—Nada; no admito excusa. Hasta el cardenal se enfadaria si obrase de otra manera.

Después de una brebe discusion Collet aceptó el ofrecimiento, pensando del modo siguiente. Voy á habitar el palacio del tio de Napoleon, y un hombre como yo no debe perder esta fortuna que se presenta muy pocas veces. Mucha desgracia habia de ser la mia para salir con las manos vacías.

Collet al dia siguiente se trasladó al Palacio situado en la Plaza Colonna y esta circunstancia acreció mucho la consideracion de que ya gozaba. El Cardenal no se hallaba en Roma, llegó al tercer dia y fué recibido por el Abate y Collet de rodillas; levántandoles su eminencia despues de haberles bendecido. El Abate, presentó al caballero Tolozan al prelado, y este le recibió con afabilidad, conviniéndole á una opipara comida para el siguiente dia.

Todo venia de molde á nuestro caballero de industria. Rogó al Abate que le relacionase con algun mercader de telas, Collet le compró valor de 5,000 francos que pagó en el acto.—Yo espero dijo el Abate al mercader que tratareis con conciencia á este caballero, pues apesar de ser millonario no se encuentra en el caso de pagar el doble del valor de las telas.

Lo de millonario hizo su efecto al mercader, Collet lo advirtió y penso sacar partido. Durante algunos dias hizo algunas compras en la tienda del mismo mercader, procurando hacer ver mucho oro cuando pagaba. Por último sin dar importancia á la pregunta le dijo si tenia correspondencia en Francia, á lo que le contestó afirmativamente.

—Siendo así le dijo Collet quizá os sea posible negociarme una letra de algunos miles de francos.

—Tendre á mucho honor hacer os ese paqueño servicio.

—Dos condiciones exijo sobre este particular la 1.<sup>a</sup> que habeis de guardar secreto, porque su eminencia el cardenal no me perdonaria la falta de confianza, y la segunda que la letra no ha de circular ni salir de vuestro poder hasta su vencimiento.

—Haré caballero todo lo que os plazca, y os ruego que dispongais de mi á vuestro antojo.

Aquel mismo dia falsifica Collet una letra de 20,000 francos, y al dia siguiente le remitió el mercader dicha suma, menos el descuento del giro.—Después de haber engañado á aquel honrado mercader, hizo otra trampa de 30,000 francos, con el mismo ardid, al banquero del cardenal, y así de uno en otro pasó, revista á todos los dependientes del Cardenal Fesch. Como todos ellos ofrecian secreto, Collet estaba seguro: el ladrón se encontró en poco tiempo dueño de mas de 100,000 francos en oro, y se proponia abandonar á Roma, cuando un dia que se encontraba solo con el Abate en su despacho sustrajo de encima de una mesa una

coleccion de actas de presbiterato y una bula de nombramiento de obispo. Estos papeles eran para Collet de mas precio que el oro, de modo que así que los tuvo en su poder, aceleró su apresto de viaje y sale de Roma, no sin que antes lo hubiera bendecido el cardenal. Viajaba á cortas jornadas: comodamente llegó por último á Turin donde su estrella estuvo á punto de eclipsarse. Apenas se habia apeado del carruaje cuando un agente de policia le pidió sus documentos.

—Me equivocais sin duda replicó el bandido, eso no se pide al que posee la confianza y la amistad del cardenal Fesch.

—Precisamente por aviso del cardenal es por lo que lo hago.

Todo se ha descubiertó amiguito, y se qué traéis una suma de mas de 500,000 francos. Lo que no comprendo señor ladron es como despues de un negoció tan bueno viajais á pequeñas jornadas.

Collet conoció que toda la audacia seria inutil pues que estaba descubiertó y tambien enterado, y se decidió á hablar con franqueza al comisario diciéndole.

—Puesto que todo lo sabeis, deberais tambien saber que no se prende á un hombre tan fácilmente, cuando este es dueño de 500,000 francos.

El comisario soltó una carejada que no desconcertó á Collet.

—No, se le prende continuó Collet, cuando el hombre está dispuestó á cegar al otro sacrificando mil lúises.

—Oh! sois muy lisongero.....

—Pues bien tomad, y sacando de su cofre mil piezas de á 20 francos las entregó al agente de policia que salio diciendo que no habia tratado en su vida otro hombre tan bueno.

Diez minutos despues Collet, se dirigia rapidamente á Lugano.

#### CAPITULO IV

*Donde se dice mil curiosidades que podrá saber el que lo lea.*

**S**olo tuvo necesidad Collet de pasar algunas horas en Mandovi para transformar todo su tren, compró un traje de teniente general, uno de obispo y otro de simple sacerdote contrabace los papeles necesarios para ser tenido por un sacerdote de Nápoles, con cuyo carácter entró en Lugano. En esta ciudad descansó algunas horas no haciendo atarde del oro, por no hacer recaer sospechas sobre él. Cuando ya se juzgaba seguro para abandonar su retiro, se encaminó á Francia. En Briançon recibe al dero de la Ciudad, les habló y aquellos sacerdotes se admiraban de que un sacerdote Napolitano hablase tan correctamente francés, Collet les mostró su aca de eclesiástico, esto era suficiente para destruir la mas grave sospecha, y aquellos buenos eclesiásticos para hacer los honores de su iglesia á su hermano de Nápoles, le rogaron que dijese la misa mayor al dia siguiente, que era Domingo.

Con toda la sangre fria imaginable cometió Collet el sacrificio de decir la misa. Concluido habiádo se marchó á Gap, donde pensaba fijarse, y á las pocas horas de su llegada se presentó al vicario general para presentarle sus papeles. Examinólos aquel detenidamente y manifestó en cierto modo incomodado de no encontrar en ellos un motivo de objeccion.

—Decidme, dijo el vicario á Collet, pensais fijaros en esta Diócesis.

—Si, señor.

—Pues debo deciros que habeis escogido un pais muy pobre; pues aqui no hay recurso de ninguna especie; la religion toca á su agonía y un pobre sacerdote se morirá de hambre sin que nadie le socorra. Despues de un rato de silencio añadió: lo único que puedo hacer por vos es enviaros á decir la misa de la Misericordia que os producirá 50 sueldos (unos 6 rs. vn)

—Señor, contestó Collet con la mas grande humildad, no he venido á Gap para ser molesto á mis honorables hermanos, solo vengo creyendo que aqui se podrá vivir comodamente y hacer algun bien contando con un capital de 15,000 libras de renta.

—Perdone V, dijo balbuceando el vicario y mas colorado que la grana; un error!... Hace mucho que ha llegado el Sr. Abate?

—Ayer.

—Y donde se ha hospedado.

—En la posada, pues espero comprar una casa que tenga todas las comodidades posibles. Si por casualidad sabe el Sr. Vicario de alguna que este de venta....

—Como así....! Yo lo haré con todo mi corazon. Ahora me permitireis que os presente á las autoridades de la poblacion y á su ilustrisima el Obispo.

Collet se dejó presentar á todas las autoridades, recibió la bendicion del obispo y bien pronto no se habló en la ciudad de otra cosa que del rico abate italiano.

Al cabo de algunos dias viendo el padre Liborio, este era el nombre que habia tomado Collet que no se halla ninguna casa de venta, alquiló una la que hizo adornar suntuosamente y celebró en ella un gran banquete al que convidó á todas las autoridades y al clero, lo que acabó de confirmar su reputacion de hombre opulento y jeneroso. Collet hubiera podido vivir tranquilamente en Gap; pero para su jenio aventurero era muy pequeño aquel circulo. Por otra parte, aun cuando no fuera por remordimiento, el temor de ser conocido le atormentaba continuamente.

Un dia que pasaba por el camino de Embrun vió á dos presos conducidos por unos gendarmes, se aproximó á ellos haciéndose superior al terror que experimentaba á la presencia de casos de este género. Se acercó á ellos y despues de un corto interrogatorio en el que se hizo superior á la emocion que le causaba la presencia de los reos que eran dos compañeros de su carrera de soldados. Un ojo algo esperto hubiera podido sorprender en el pretendido Abate un criminal refinadísimo, mas por fortuna suya aquellos hombres no le reconocieron. Collet vertió su bolsillo en las manos de los criminales y tomó la resolucion de dejar á Gap lo mas pronto que le fuese posible.

Las fiestas de navidad se aproximaban y siendo indispensable predicar en su solemnidad, el vicario se empeñó con el Padre Liborio para que lo hiciese. Muy bien hubiera podido evadirse Collet de hacerlo; pero lisongeaba su vanidad aquel empeño y la vanidad influia poderosamente en Collet. ¿Cuantas veces en el transcurso de su vida derramó el oro con profusion por oírse llamar Monseñor? Aceptó, y he aquí á nuestro héroe predicando la moral evangélica, ensalzando la humanidad del Salvador del Mundo, en la Catédra de la verdad. El ladron, el asesino, el falsario manchado de mil saerilegios, es el mismo que vertiendo un torrente, de lágrimas hablo de Dios hecho hombre y de los crueles tormentos que le esperan al

que le plugo nacer en unestablo: que llamó así á los pobres y á los débiles y que consumió la redencion de los hombres á trueque de su sangre. Tal fué el efecto de su discurso que al descender del púlpito, recibió la felicitacion de todo el clero, interin los sacerdotes de los cercanos pueblos le rogaban se dignase ir á predicar á sus parroquias.

Collet en extremo orgulloso no cabia en si de alegria, y en muchos meses no pasó una festividad en que no arrancase un lauro mas su elocuencia; ya en Gap, ora en las parroquias vecinas. Creció de un modo tan notable su reputacion que habiendo vacado el curato de Monottier el Obispo no creyó poder dispensarse de ofrecerlo al Padre Liparo. Esto operaba en la posicion un cambio Y á Collet sobre todo, eran los cambios lo que mas le placia. Aceptó, y sin perder tiempo dispuso su marcha. Recibió dos horas antes de verificarla la visita del Monottier, que venia á hacerle presente los omenajes de sus futuras obejas. ansiosos de ver y admirar á su querido y deseado pastor. El magistrado lugareño se empeñó en acompañarle hasta la parroquia deshaciéndose en cumplidos ofrecimientos al paso que le servia de guia. Salieron á recibirle las personas mas notables arregándole en un estilo florido y paletico. Al siguiente dia era Domingo y ya Collet en el ejercicio de sus funciones, cantó la misa mayor, luego las visperas seguidas de un sermón, ó discurso paterno: el que fué acogido con respeto y admiracion pues nunca obtuvo menos su elocuencia.

Al entrar en el Presbiterio oyó los entrecortados sollozos de una anciana que vertia un torrente de lágrimas.

—Que teneis, buena muger? le preguntó.

—Ah, Señor! Hace veinte y tres años que sirvo en esta santa casa y hoy me veo espuesta á morir de hambre, pues presumo que vos tendreis quien os sirva;

—Quedaos y estad tranquila, buena muger. El curato antes que á mi os pertenece. Continudad pues vuestros servicios.

El lunes partió Collet para Gap, con el objeto de trasportar sus muebles, volviendo á Monottier con el criado que habia tomado.

Multitud de personas se agrupaban para descargarlos carruajes; pero se contenta con darles las gracias y convidarles á comer para el dia siguiente. Los semblantes de aquellos honrados quanto sencillos campesinos estaba animados por la mas viva alegría. Nuestro nuevo cura es mas rico que el Obispo, decian entre si, y sobre todo, que es un buen hombre. ¡Oh!... ¡Es un gran hombre nuestro cura...!!! Pobre rebañol que tan cándidamente te abandonan en las garras de un lobo cubierto con la piel de obeja. ¡Pobres obejas el lobo ha entrado en vuestro redill... ¡Desconfiad de sus tramas engañosas!

La llegada del dean en el domingo siguiente tuvo por objeto la instalacion del nuevo cura, el que lo hizo en nombre del Obispo. El mencionado Dean dirigió á los fieles una enérgica aunque corta allocucion probando la ventaja de tener un *pastor acepto á los ojos de Dios*. Hallábase Collet, alhagado por las ilusiones mas lisonjeras, y reconocido á su obsequioso panegerista le convidó á comer en union de las personas mas notables de la parroquia: sobre mesa, se habló, con bastante estension de la confianza que Collet inspiraba á sus superiores, del amor que animaba á sus feligreses y de los óptimos resultados que produciria tan buen precedente utilizados por el nuevo é inteligente curita.

Collet estaba en extremo contento: habian alhagado su orgullo con demasia y ya sabemos que en Collet, era esta la pasion dominante.

—Señores... Decía él; vosotros sois demasiado buenos é indulgentes... Mis escasos méritos son muy inferiores á vuestros atentos elogios ¡Oh! yo prometo que procuraré corresponder á vuestra confianza con mi celo y mi cariño.

¡El insigne Collet! el nuevo pastor se instaló en su presbiterio. La mencionada *veterana sirvienta* y un criado, son las únicas personas que le acompañan. Todos rinden tributo al reverendo padre, póllos y frutas abundan en su cocina. Su mesa es la mastoppera de diez leguas á la redonda, y los toneles en su cueva se llenan como por encanto.

Veloz y feliz corria el tiempo para Collet pues al par de su buena reputacion merecia la confianza de personas á quien ni era digno de servir como esclavo; pero ojos que no ven corazon que no siente: y era grande ver á nuestro Collet como bautiza, confiesa, predica, entierra, y casa; mientras su renombre de opulento le franquea la casa del rico, como el triste hogar del pobre y miserable.

El deplorable estado de la iglesia parroquial, debido á los trastornos políticos y continuas revoluciones, hacia temer una pronta ruina. Las sagradas aras se veian continuamente azotada por la lluvia y el viento: no parecia sino que Dios habia apartado sus ojos de su santa morada.

Las mas asiduas diligencias que antes se habian practicado con el objeto de recaudar para las necesidades mas urgentes, no produjeron ningun resultado favorable. Hoy se reúne la hermandad de la fábrica citada por Collet. ¿obtendrá el mismo resultado que hasta aqui? No es difícil la resolución de este problema, teniendo presente la distancia que media entre Collet y sus anteriores. Collet no se contenta con seguir la senda de estos, necesitaba dinero y esta necesidad para el era una ley que no tenia efecto retroactivo. Escita pues el celo de las personas mas notables de la parroquia; hace el reparto y consigue recaudar unos 6,000 francos. Pequeño en demasia era para nuestro aventurero este negocio; pero por fortuna sabia que no siempre se cazan garzas y que muchas veces está la ciencia en saberse contestar con algun aguilucho. En fin, hizo presente á los hermanos de la fábrica que si le permitian edificar en su iglesia una capilla á su panteon, bajo la cual erigiria un sepulcro para que le sirviese de última morada, el se encargaba de reedificar la iglesia suministrando los fondos que faltasen.

Con mil muestras de entusiasmo fue aceptada esta proposicion apresurándose los candidos hermanos á remitir los 6,000 francos á su generoso pastor. Ya empezaba á serle enojoso á Collet el ministerio de cura, y con el objeto de engrosar el depósito que se le habia confiado; so pretesto de que se habia realizado la remision de sus rentas pide prestado dos mil escudos al alcalde, dos mil al notario y mil á cada uno de su sociedad. Pretesta hacer por si mismo la compra de los ornamentos necesarios para la iglesia. Collet desaparece. Pasa un dia, una semana, dos dias y Collet no vuelve, pasa un mes... y por último ¡Collet no pareció mas!

*Esto era lo que Collet llamaba una bancarrota honrosa y de buen género.*

## CAPITULO V.

*De como Collet hace progresos en el difícil arte de falsificar letras de cambio, y se elevó á la dignidad de Obispo por su propia virtud.*

**E**l buen pastor abandonó á sus ovejas y se dirigió á Grenoble, atravesando al Garantaise y el monte Genís y llegó finalmente á Turin. Como una falta consideraba Collet el no dejar en esta ciudad una señal de su tránsito. Apenas habia llegado cuando fingió una letra de 10,000 francos que logró negociar con la casa, Banetti, lo cual arreglado, llena su bula de obispo firmada por el cardenal Fesch toma unos caballos de posta, se reviste para el camino la sotana de color de violeta, y con este traje que solo pueden usar los elegidos para príncipe de la iglesia, llegó á Salpelegu, donde el clero entero le recibió con los mas rendidos homenajes. Aun cuando la posicion de Collet no dejaba de ser algo comprometida, el oro, y mas que el oro, la audacia le daban cierta seguridad para con todo el mundo recibe al clero con amor; le da su bendicion, le llena de seductoras promesas y toma á un eclesiástico en clase de capellan y se marcha con él á Nica; en donde su astucia y su saber debian sufrir peligrosas pruebas. Entró en la ciudad en traje de obispo y aun cuando no fué advertida su entrada muy pronto se divulgó por toda Nica la noticia de que habia llegado un prelado: el color de la sotana debia de producir su efecto. Apenas se habia apeado Collet del carruaje cuando se le presentaron dos vicarios generales para suplicarle en nombre del obispo de la ciudad que se sirviera admitir para alojamiento el palacio de su ilustrisima. Con la mayor sangre fria dió Collet su bendicion á los dos enviados, hizoles besar el sagrado anillo, y mostrándoles enseguida su bula de institucion marchó con ellos al palacio episcopal con toda la gravedad de un superior.

En cuanto entraron en la habitacion del obispo de Nica, este se levantó para estrechar entre sus brazos á Collet, y con una gravedad verdaderamente apostólica permitió el futuro gacete que le diera el digno prelado un abrazo fraternal.

No teniendo Collet ningun obstáculo plausible que oponer á las instancias del prelado, vióse en la necesidad de acceder para lo cual mandó que le trajeran su equipaje. Pero luego las dificultades se hicieron mayores. Para obsequiarle se preparó un esplendido banquete al que son convidados todos los prelados del alto clero. ¿Que papel podia representar nuestro héroe en una reunion en que probablemente se habian de discutir las cuestiones mas delicadas de teología? Otro cualquiera en semejante caso tendria por perdida la jugada; pero él espera el momento de prueba con la mas intrépida y admirable serenidad. En el instante del peligro se le ve hablar mucho con una locucion llena de facilidad y fluidez lo que dá motivo á que se interesen por escucharle. Refiriéndose á Roma dice tales cosas que solo cabe explicarlas á una persona instruida en los secretos del vaticano: distrae á sus oyentes contándoles varias anécdotas del Papa y elogia la esplendidez y magnificencia del Cardenal Fesch á quien ensalza sobre las nubes haciendo creer que se halla en buenas seccionés con él; y entretanto cuida mucho de no mezclarse en ninguna controversia teológica hasta que toque al punto de su resolucion en cuyo caso no hay temor de equivocarse uniendo su parecer al de la mayoría. Así pues todo sale á maravilla, suspendense las cuestiones filosóficas y no

se hace otra cosa que aplaudir la capacidad y buenas dotes del prelado extranjero.

Al siguiente día se le presentaron á Collet nuevos apuros. Convida el obispo de Nice a visitar los seminarios y habiendo aceptado nuestro héroe celebró el sacrificio de la misa en la capilla del palacio episcopal pasando en seguida al refectorio donde se le sirvió el chocolate concluido el cual manifestó que estaba en disposición de hacer la visita bien persuadido de que hasta sus mas insignificantes movimientos eran espíados escrupulosamente. Los seminaristas prevenidos ya de antemano se arrodillaron á la llegada de los prelados y despues de recibir la *doble bendicion* se formaron á modo de procesion entonando el cántico *Laudate* como para mas obsequiar al recién venido obispo.

¡Ay! solia decir mas tarde Collet hablando de este hecho: *«si los seminaristas hubieran podido adivinar lo que dentro de mi pasaba es bien cierto que en vez de entonar el Laudate me hubieran recibido con el Miserere.»*

Pero el atrevido ladron era todavía el niño mimado de la fortuna.

No habiendo ocurrido incidente alguno durante la visita en el seminario el prelado de Nice regresó á su palacio fascinado completamente por los modales de su colega. Este creyéndose ya seguro de nuevos peligros respiraba tranquilo cuando estando á lo mejor de la comida ocurriósele á uno de los convidados dirigirse á Collet para hacerle esta pregunta.

—Monseñor, puesto que venis de Roma es indudable que sereis portador de gracias é indulgencias y en este caso suplico á vuestra ilustrisima tenga á bien relevarme de la ceremonia de ordenes para qué hé sido citado y que debe verificarse este próximo jueves.

Al oír semejante proposicion nuestro fingido prelado se creyó perdido, pero bien pronto se vió dueño de su imperturbable calma bajo cuyo aspecto intentó evadirse de este nuevo compromiso alegando pretextos que fueron desechados por lo que el *caballero de industria* precisado en tan sério lance á alternar entre el descubrimiento de su intriga ó pasar por esta nueva prueba, se decidió á arrostrarlo todo antes que arrojar la mascarilla.

La ceremonia de la ordenacion empieza... el ladron, el falsario, el astuto Collet hace sesenta curas de almas de otros tantos seminaristas!!! Y esto lo hace delante de un inmenso público presidido de todas las autoridades eclesiásticas militares y civiles de la ciudad. Así que dió fin á la ceremonia el futuro galeote sube al púlpito y con su acostumbrada admirable sangre fria, dice un discurso que Bourdaloue recitó en otra ocasion semejante y que él supo encubrir lo suficiente para que no se conociera. Despues todo terminó y Collet mereció los mas lisonjeros elogios.

El obispo de Nice que ni aun remotamente sospechaba el horrendo sacrilegio que en presencia suya y casi bajo su responsabilidad acababa de efectuarse suplicó aunque en vano por repetidas veces á su colega le hiciera el placer de quedarse en su compañía.

Pero Collet conocia perfectamente los peligros á que se esponia en su falsa poseicion y resolvió prudentemente al renunciar á todas las honras que le merecia el carácter episcopal pues tantos peligros le habian ocasionado y tantas veces se habia visto aquejado de congojas mortales. Tomada su resolucion, tardó poco en realizarlo saliendo de la ciudad y no pensando en otra cosa que en deshacerse para siempre de la violada sotana. Sin embargo aun tenia otra cosa que le embarazaba: la compañía de su capellan. ¿Como podria deshacerse de él? La imaginacion



de Collet altamente sabía le sugirió al efecto una encantadora idea. Apenas hubo apeado en Cannes, hizo que le presentarán un labrador pobre pero celebrado en el pueblo por su extraordinaria fuerza, al cual nuestro fingido obispo consigue enganar con la siguiente farsa.

— Buen hombre, le dice, el capellan que me acompaña há servido algunos años en las banderas del rey, y al referirme las acciones de guerra en que se ha visto lo hace siempre ponderando su propio valor. Yo quisiera probar si es ó no cierto el arrojo y valentia del digno sacerdote, y para esto justamente os he mandado venir.

Dentro de breves horas saldremos de este pueblo, y quisiera yo que os hicierais acompañar de dos ó tres amigos vuestros con el objeto de que al pasar por algun sitio dificultoso fingieseis una sorpresa y nos pidierais la bolsa ó la vida.

Naturalmente para que la broma tenga todo el carácter de verdad disparareis dos ó tres pistoletazos pero de manera que *no nos ofendan*, y hallandoos anticipadamente disfrazados os presentareis como si fuerais malhechores. Entonces yo mismo os daré una cajita que contendrá 50 luisas para que podais brindar á mi salud.

El aldeano creyendo lealmente que no haria otro fondo que la broma en aquella proposicion acepto gustoso 25 luisas que le dio á buena cuenta Collet y salió de la estancia á fin de reunirse á otros dos amigos para llevar á cabo la empresa. Todo se verificó á pedir de boca.

Llegado que hubo el coche á cierto parage emboscado y desierto aparecen tres hombres completamente armados y disfrazados, los que despues de saludar á los viajeros con las palabras de ordenanza la bolsa ó la vida, disparan algunos tiros al aire y concluyen por desenganchar los caballos del carruaje.

— Señor Capellan, dice Collet al sacerdote: ¡esta es la ocasion de probar nuestro valor! ¡jea, disputemos la vida á esos picaros! Pero el desdichado capellan nada oia, el peligro que tan cerca amenazaba le habia trastornado completamente.

Entonces y para terminar aquella farsa asomose Collet á la ventanilla del coche y dirigiendose á los fingidos ladrones, — ¡Pasad! les grita: vuestra es esta caja que os entrego y que contiene 80,000 francos pero os ruego que perdoneis nuestras vidas!!! Y diciendo esto les entregó la cajita con los 25 luisas restantes de la cuenta pactada con lo que se retiraron los labriegos y el carruaje se vió en libertad de seguir su marcha.

La anterior escena habia causado en los viajeros bien distintos afectos: el señor Obispo se mordía á cada instante los labios para contener la risa; el pobre capellan habia casi perdido la razon en fuerza de su espanto, y el postillon cuidaba prudentemente de aligerar á latigazos el trote de los caballos.

## CAPITULO VI.

*De como Collet se hace amigo de la Generala Lasferriere, y lo que le aprovechó su amistad.*



...y poco hacia que habia llegado Collet á Grass, cuando se presentó á la poli-

cia á fin de dar cuenta de la emboscada. El pobre capellan y el postillon aseguraban con juramento haber visto doce hombres armados que no podian ser otra cosa que ladrones. El rumor de esta ocurrencia cundió en breve por toda la ciudad causando una gran sensacion, y á esto mas que nada debió el reverendo Collet los cuidados é interes con que el clero de la poblacion se apresuró á rodearle y ofrecersele con la mayor solicitud. Las beatas de Grasse no tardaron en agasajarle con obsequios positivos como en demostracion de profundo respeto. Pasado aquel dia el finjido Obispo se hallaba en medio de una numerosa reunion de mujeres devotas, á las que significó sin dar importancia alguna á sus palabras, que á consecuencia del suceso ocurrido y hallándose algo indispuerto, retardaria su partida de aquella ciudad en la cual al mismo tiempo que acudia á su total restablecimiento esperaria noticia de su mayordomo á quien acababa de escribir manifestándole que se hallaba necesitado de dinero, y que la tardanza en enviarselo podria ocasionarle algunos disgustos. Cuando hubo acabado de pronunciar estas palabras, observó no sin placer que entre aquellas buenas mugeres se cruzaban algunas miradas de inteligencia, de cuyas señales como bien inteligente sacó para si la consecuencia de una buena especulacion.

Salió Collet de la estancia, no sin echar antes su bendicion á aquellas benditas almas que le rogaron con el mayor ahinco se dignará volver al siguiente dia, pretestando la necesidad en que se hallaban de que *Su ilustrisima* les aclarase ciertas dudas que se les ofrecian en altas cuestiones de conciencia.

El Sr. obispo prometió á medias satisfacer aquel justo deseo pero no contentas las obejas con aquel incierto ofrecimiento, suplicaron de nuevo y con tales instancias al Pastor, que lograron alcanzar la formal promesa de una nueva visita al mediar el dia próximo. En efecto, el reverendo Prelado cumplió leal y religiosamente su palabra, presentándose otra vez y como á hurtadillas á la cita en la que el primer espectáculo que se ofreció á su vista fue el de una bien compuesta mesa cubierta de succulentos manjares capaces de escitar el apetito de un muerto. «¡Que magnífica entrada!» pensaba para sí Collet.

Algun tiempo despues refiriendo esta ocurrencia de su vida, decia el célebre aventurero, — «Yo veia que aquellas beatas se miraban con confusion y se hacian algunas señas por lo cual inferi que tenian algo que decirme. Adivinaba el objeto de aquella mimica; pero obligado por mi carácter y autoridad á guardar el secreto de la iniciativa me impuse el deber de no dar pábulo á la confianza de mis buenas beatas, las cuales seguian haciéndose gestos y demostrándose su turbacion hasta el punto de obligarme á morder los labios para no soltar la carejada. Por último, al servirse el café reinó mas animacion, y merced á ella una de las buenas mugeres me disparó un Monseñor... y quedó confusa. Yo levante los ojos para mirarla y la hallé turbada: crei pues que en aquella ocasion estaba en el caso de animarla; é invitandola á esplicarse con mas libertad y confianza, la asegure que tendria un gran placer en oirla y una completa satisfaccion en complacerla. Entonces se le escapó un segundo Monseñor... y añadió: ayer manifestasteis que habiais escrito á vuestro mayordomo á fin de que os remitiese algunos fondos, y nosotros adelantandonos á vuestro deseo nos hemos tomado la libertad de reunir una pequeña cantidad que tenemos la honra de ofrecer os esperando os digneis disimular este corto obsequio, en gracia de la buena voluntad con que os le presentamos. Y esto diciendo, me ofreció un bolsillo de terciopelo. Collet admitió los 8,000 francos que el bolsillo contenia, no sin manifestar alguna resistencia. Esto no era mas que un pruludio. Al dia siguiente tom' prestados á un banquero 30,000

francos en cambio de un abonaré de dicha suma firmado por Don Pascualini.

Averiguó Collet que el general Laferriere poseia á corta distancia de Grasse, una casa de campo muy hermosa en la que habitaba ordinariamente su esposa. Pingió que era amigo del general, y manifestó deseos de pasar algunos días en su quinta, en tanto que se restablecia su capellan. Recomendó el enfermo á los facultativos, mandó enganchar su carruaje con caballos de posta, y partió para la quinta. Al llegar á ella dió dos monedas de oro al postillon y le mandó volver á los ocho días. El postillon regresó con sus caballos.

La esposa del general apenas vió el carruaje se presentó para recibir al Prelado que le dijo:

—No es otro mi objeto, señora, que el de ocupar un cubierto en la mesa de mi querido Laferriere.

—Para mi será completa la satisfaccion... Mi esposo se halla ausente: mas toda vez que sois su amigo, yo, anticipandome á sus órdenes os las ofrezco al paso que mi inutilidad.

—Gracias, señora. La amistad que profeso á vuestro esposo cuenta muchos años de antigüedad; pues aun cuando hoy me veis vistiendo el traje de sacerdote, he tenido en otro tiempo el gusto de servir bajo sus órdenes.

—Es un nuevo motivo para merecer mi estimacion.... Los amigos del campamento lo mismo que los del colegio jamás se olvidan.... Tomaos la molestia de pasar adelante...

La señora Laferriere diciendo que su marido estaba ausente, no decia nada de nuevo para Collet que sabia de antemano este hecho; pues á saber que el General se hallaba en casa, se hubiera guardado muy bien de presentarse.

Inmediatamente fué conducido por la condesa á la sala de estrada donde se le ofreció un sitial en el cual se arrellanó comodamente, haciendo entonces recaer la conversacion sobre los motivos de su viaje.

Collet dijo que habiendo sido destinado á las órdenes del general Laferriere, este le habia agregado en calidad de oficial de ordenanzas, en cuyo tiempo fué herido de gravedad y en esta circunstancia se vió precisado á abandonar la carrera de las armas y dedicarse al servicio de la iglesia que habia sido siempre el objeto de su vocacion, y que S. M. el emperador para recompensar sus pasados méritos de guerra, le habia conferido la dignidad de Obispo, declarando que en su nuevo estado no olvidando la amistad que conservaba á su antiguo gefe, se habia visto inclinado á venir á ofrecerle su inutilidad. Añadió que sentia mucho no verle, pero que este sentimiento quedaba recompensado con el placer que recibia en conocer á la señora condesa. La esposa del general quedó hechizada de tal language y agradeció con palabras llenas de finura el favor que la prodigaba. S. R. I.

A este tiempo se presentó un lacayo anunciando que la comida estaba servida, y al recibir el aviso la condesa y el Obispo se trasladaron al comedor en el cual se designó á Collet el sitio de preferencia que ocupó sin afectacion alguna, echando muy serio la bendicion y portándose de modo, que nadie hubiera sido capaz de dudar lo mas minimo en contra de S. R. I.

Cuando acabaron de comer, el Reverendo Obispo hizo llamar al postillon manifestando la necesidad que tenia de marchar: pero habiendole contestado que el postillon habia desaparecido con el carruaje, mostró la mayor sorpresa y asombro.

—No sé como explicarme, su marcha, dijo en alta voz, cuando sabia que me habia de conducir hasta el camino de Dauphni...

Aparentando gran pesar con tal suceso la condesa para calmarle le ofreció sus caballos y carruage que era todo cuanto deseaba Collet, por lo cual no puso obstáculo alguno. La señora de Laferriere en su consecuencia mandó disponer el carruage dirigido por el cochero de la casa, y acompañando al Obispo hasta la portezuela, pidióle allí que diera su bendicion á las gentes del castillo, cuya gracia cumplida se despidieron con las mayores muestras de estimacion.

Rapidamente atravesaron el camino hasta la primera posta donde apeándose Collet pide un nuevo tiro; y regalando al cochero le despide agradecido y contento como unas costañuelas

Por fin se encontró el picaro Collet libre del hombre que era su pesadilla.

—¡Pobre abatel decia entre si: eres el tonto mas tonto de los que están de sobra.

—Ahora veremos si te atreves á escapar de la trampa.

## CAPITULO VII.

*Que es continuacion del anterior.*

**M**uy poco le importó á Collet lo sucedido: al contrario, pues Collet libre ya de todo obstáculo, porque el capellan se habia quedado enfermo del terror que le habia ocasionado la emboscada no pudiendo pasar á Grasse, cansado ya nuestro héroe de representar el difícil papel de principe de la Iglesia que desempeñará, con tan buen resultado, se determinó á descansar en la primera posta, y reflexionando maduramente, resolvió renunciar por algu tiempo su dignidad postiza.

Una vez tomada esta resolucion, mandó traer una de las maletas que dejaron en el coche y sacando de ella un vestido de paisano se disfrazó en el instante. Guardó la sotana, y falsificando un pasaporte de una de las hojas que habia sustraído en el despacho del Sindico Cardenal y que tenia guardada con el mayor cuidado, se dirigió á Paris, á cuya capital llegó presentándose bajo el nombre de Anselmo Collet creyendo que nadie trataria de conocer al pobre subteniente de la armada bajo el disfraz de un hombre bien acomodado, y que seguramente su desercion estaria ya olvidada.

Pero ¿qué iba á hacer en Paris? ¡Entregarse á los placeres! ¡Ybatal vez á derramar el oro en cambio de algunos momentos de deleite! Sin embargo de que estas reflexiones ocuparon sumente por pocos instantes, la conducta del fingido espredado fué al principio la de un escolar recién salido del colegio. Bailes, conquistas amorosas, duelos y bacanales, nada quedó por disfrutar. Pero cansado de una vida tan agitada bien pronto se fastidió de ella, lo mismo que se habia fastidiado de otras mil cosas. Collet necesitaba movimiento y queria ver realizadas todas las circunstancias de la vida que habia imaginado. Por lo demás, el sosiego hubiera causado su muerte. Buscando un nuevo recurso, halló en las Tullerias al Sr. de S. German su antiguo protector en el Pritaneo de Fontainebleau.

El anciano contento con este encuentro, hizo mil preguntas á su protegido, preguntas á las cuales como debe suponerse contestó Collet con otros tantos embustes, dichos con una serenidad y prontitud tan faciles que sus mentiras tubieron todas las apariencias de la verdad. Collet en tanto que hablaba, meditó sacar algun

partido de su entrevista con el viejo señor de San German, pues nuestro caballero de industria estaba acostumbrado á no desperdiciar la mas insignificante ocasion. Así pues, hizo creer al buen anciano que la fortuna le habia favorecido como á un niño, mimado añadiendo que era rico, pero que el oro no le bastaba: que su único deseo era el servir de algo á su pais, y que este deseo vehemente se habia hecho en él una necesidad; por lo tanto esperaba que su antiguo protector le apoyaria con su crédito é inmensas influencias, ofreciendole en cambio un eterno reconocimiento. Creyendo de buena fé el señor de S. German cuanto Collet le dijera, prometió su mas eficaz cooperacion, toda vez que tenia mas crédito que fortuna: despues de esto le convidó á comer para el siguiente dia, á cuya invitacion quedó agradecido Collet ofreciendo no faltar, promesa que cumplió puntualmente. En efecto, llegada la hora se presentó Collet en casa del viejo, y al sentarse á la mesa vió este encima de la servilleta un cartucho que contenia cien napoleones. cantidad mas que suficiente para producir el efecto que siempre produce el oro. Collet logró su primer objeto.

Pasados algunos dias Collet se hallaba sentado á la mesa del Sr. de San German en medio de dos gefes de division del Ministerio de la guerra. Durante la comida se habló largamente del jóven oficial Breciano que era el mismo Collet. Se hizo mencion de todas sus desgracias y de las fatales ocurrencias que le habian precisado á abandonar las filas, y por último del modo esplendido y noble con que pensaba emplear su inmensa riqueza. Lo cual unido á un magnífico regalo enviado á cada uno de los gefes militares, produjo el efecto que se apetecia. No se hizo esperar el resultado; pues dos dias despues el atrevido ladrón recibia el nombramiento de teniente destinado al 47 de línea. Los preparativos de su viaje fueron tan rápidos como todas sus empresas, e inmediatamente se trasladó á Lorient donde se hallaba el depósito del regimiento; presentóse al estado mayor, y tomó posesion de su empleo con destino á la tercera compañía del tercer batallón. De este modo nuestro famoso criminal llegó á obtener la posesion legal de un honorífico empleo en la milicia. Su riqueza habida por medio del robo, contribuyó á hacerle representar un brillante papel entre sus compañeros de armas, y grangearle el favor de los gefes. Bien es cierto que Collet fuere de ser un malvado, tenia un aire distinguido y una presencia de gran señor.

Pero Collet no podia vivir por mucho tiempo una vida tan tranquila y honrada. El mismo al referir mas tarde este período de su existencia, solia decir, que su ambicion no quedaba entonces satisfecha: pues los felices resultados que habian tenido todas sus empresas aumentaban su audacia, y le inspiraban el deseo de arriesgarse en nuevas aventuras.

Poco tiempo tardó en amistarse con todos los oficiales del regimiento, y habiendolos convidado á un gran banquete les trató como á principes; porque Collet tenia formada la idea de probar fortuna en aquella ocasion, sin renunciar por esto al carácter de oficial que consideraba como una especie de salvaguardia para lo sucesivo.

Supo Collet que por aquel tiempo habian en Italia cierta clase de religiosos de la órden de S. Agustin, los cuales por bula del Santo Padre eran enviados por toda la cristiandad con objeto de hacer la colecta ó cobranza del diezmo, que casi siempre ascendia á sumas bastante respetables. No aguardó mucho nuestro caballero de industria á poner en planta la idea que le sugiriera esta noticia. Inmediatamente falsificó una bula por la cual aparecia ser nombrado por el Papa canónigo honorario de S. Agustin con autorizacion de coleccionar y formar un estable-

cimiento religioso de aquella órden en Francia. Al mismo tiempo fingió una carta que hizo creer le remitía su familia, por la que le instaban á que se presentase con objeto de arreglar asuntos de interés para lo cual era necesaria su cooperación. Collet mostró esta carta á su comandante quien le dió amplia licencia, manifestando no hallar reparo en concederla por el tiempo que solicitaba, siendo tan urgentes los negocios para que se le llamaba.

Con el mayor apresuramiento terminó Collet los preparativos de su viaje, habiendo alcanzado antes del coronel el permiso para dos meses; permiso que obtuvo no sin algun trabajo, pues por aquel tiempo eran estas gracias muy raras y difíciles de lograr. Inmediatamente despues de cumplidas estas formalidades, salio de Lorient resuelto á visitar todos los departamentos del norte. Disfrazado nuevamente con la sotana se presentó á los prefectos y principales autoridades de los pueblos, manifestando que era el designado para formar y dirigir en Francia una nueva institucion religiosa, lo cual acreditaba por medio de sus despachos y autorizacion de colectas. El exito coronó sus intentos; pues habiendo explotado los departamentos de Ville-et-Vilaine, L'ome, la Mayenne y algunos mas, hizo provision de considerables sumas.

Mas tarde pasó á Boloña, en cuyo punto agregó á su depósito una buena porcion de oro procedente de las arcas públicas: pero el Sub-prefecto del distrito sospechando si tal vez aquel reverendo agustino podia ser un ratero, disfrazado con hábito, dispuso la prision del canónico colector. Pero las devotas hijas que cuidaban á la paternidad de Collet previnieron á este la tempestad que estaba próxima á estallar sobre su cabeza, y con tal aviso nuestro astuto ladrón tubo tiempo de ponerse en salvo escapando apresuradamente de Boloña. Apenas se detuvo en la primera posada, vistió un uniforme de Comisario ordenador que lucia sin el menor escrúpulo: y derramando el dinero á trueque de conseguir buenos y ligeros tiros de posta, llegó sano y salvo á Lorient donde fué recibido por sus camaradas con el mayor agasajo, toda vez que ni uno solo pudo sospechar el uso que Collet habia hecho de sus dos meses de licencia. Ya pasado el cansancio del viaje, su mayor cuidado fué el preparar un esplendido banquete á todo el estado mayor del regimiento, para cuyos gastos contaba con oro suficiente; pues la cobranza del diezmo en los dos meses, le habia producido sobre 60,000 francos mas ó menos.

Hecha pública esta resolución de Collet todos se esmeraron en felicitarle por su pronto regreso elogiándole el modo con que *hacia las cosas*.

Al principio de la comida Collet, era un excelente amigo; poco despues era un excelente mozo y el compañero mas cordial que haya existido; á los postres y ya que las cabezas estaban llenas con los vapores de esquisitos vinos, Collet era tenido y respetado como lo hubiera sido un Dios entre los paganos. Hé aqui justificado aquel axioma que dice: «el hombre en un banquete es un esclavo:» porque efectivamente; la comida lo puede todo, y todo se consigue comiendo.

Cuando nuestro héroe hubo comprendido que los espiritus de sus convidados se hallaban en disposicion de sugetarse á sus miras, entonces se propuso aprovechar la ocasion y sacar todo el partido que le fuese posible.

Una vez meditadas rápidamente las consecuencias del proyecto que iba á realizar, se dirigió á sus compañeros y les dijo: señores; despues de la bondad que me habeis demostrado felicitándome por mi viaje, es deber mio el revelaroslo todo todo...

—Si, si: hablad, replicaron á una voz todos los concurrentes.

—Pues bien, ya que lo deseais, sabed que la causa primordial de mi viaje ha

sido el designio que tenían mis parientes de hacerme contraer un matrimonio...

— ¡Bravo, muy bien! Y luego si la novia es admisible!

— ¡Es honita, y además posee una renta de 12,000 libras!

— ¡Magnífico! ¡Ultramagnífico! Eso se llama una brillante proporción, un premio.

— Lo mismo he creído yo, y en su consecuencia me he resuelto á llevarlo á cabo, lo cual será causa de que en breve me vea en la necesidad de solicitar un nuevo permiso.

— Y bien? repuso el comandante. El permiso se concederá y nosotros bautizaremos al primer tenientillo. ¿eh?

A estas palabras siguieron innumerables aplausos; y despues de servido el ponche, la exaltacion de los convidados llegaba á su colmo. Entónces fué cuando todos unánimemente pensaron en que un hombre tan espléndido como Collet, era digno de ocupar los mas altos empleos; opinion que agradó sobre manera al comandante, quien habiendo recibido anteriormente por via de préstamo 200 francos que le entregára Collet, aseguraba formalmente que seria un desdoro para el gobierno el retardar la concesion del ascenso á capitán; á un hombre tan guapo, tan generoso y tan honrado, como Collet.

Antes de contar tres meses, ya el astuto aventurero habia preparado una nueva expedicion que segun su cálculo debia ser mucho mas lucrativa que ninguna de las anteriores, si bien era la mas espuesta y comprometida. En una palabra, Collet queria representar al vivo nada menos que el alto papel de Inspector General del ejército, con plenas facultades para organizar los cuerpos de la armada de Cataluña, y poderes amplios á fin de disponer del dinero de las tesorerías públicas con objeto de cubrir los gastos que ocasionaran las necesidades de aquel ejército imaginario. El fingido Inspector general tardó algun tiempo en proveerse de los documentos necesarios, pero al fin logró reunirlos en su poder. En aquella época, Napoleon dedicado esclusivamente á la guerra del norte, cuyas provincias eran combatidas por el gran ejército imperial, apenas se acordaba de la España en la que los soldados franceses eran no obstante su valor rechazados con ignominia. Asi pues, las circunstancias no podian ser mas favorables á las miras de Collet.

Este, ya que lo tuvo todo completamente arreglado, volvió á Paris donde se Presentó bajo el nombre de Carlos Alejandro conde de Borromeo, cuyo título se habia apropiado sin el menor escrúpulo, marcando con el sus documentos falsos. En la corte de Francia se hizo vestir el traje propio á su nueva dignidad, y satisfecha esta exigencia, salió inmediatamente dirigiendose hácia las provincias del mediodia, fundando su esperanza en su agudo ingenio y en el auxilio de la fortuna que jamás le habia sido infiel.

## CAPÍTULO VIII.

*De como Collet bajo el título de Conde de Borromeo pasa revista á diferentes guarniciones siendo por último conducido á la cárcel.*

**A** PENAS hubo llegado á Valencia el fingido conde de Borromeo cuando vistiendo su gran uniforme comenzó á desempeñar las funciones del empleo que él mismo se habia otorgado, dando á conocer su autoridad. A su repentina aparicion en

aquella capital, el comandante de armas que no habia recibido aviso alguno anterior de esta visita, manifestó estrañeza y aun resentimiento de que no se le hubiere prevenido oficialmente. Pero Collet sin abandonar su aire de dignidad, se dió tal maña á satisfacerle que con sus agradables palabras, y mas que esto con sus dulces promesas, logró calmar completamente aquel pasajero disgusto. Una vez conseguido este ligero éxito, Collet presentó el nombramiento hecho á su favor de Inspector General encargado de la organizacion del ejército de Cataluña, con amplios poderes para disponer del tesoro público, y nombrar con libre eleccion los oficiales que habian de formar su estado mayor. Y como para dar valor á su palabra, Collet al tiempo de descender la mano que sin afectacion habia tenido colocada sobre su pecho, dejó ver la gran cruz de la legion de honor, á cuya vista el comandante se inclinó respetuosamente, é inmediatamente dió las órdenes necesarias para que la guardia prestara los honores de ordenanza al Sr. Inspector General, lo que se llevó á efecto rindiendo las armas, y acompañándole el estado mayor á su alojamiento, donde anuncia que al dia siguiente pasará revista á los cuerpos de la guarnicion.

En efecto, á las diez de la mañana del dia prefijado, y seguido de una lucida y numerosa escolta, se presenta en la esplanada de la ciudadela, en cuyo punto se hallaba la tropa formada en orden de parada. Saludado por los gefes superiores y al compás de brillantes marchas, nuestro conde de Borromeo repasa las filas, observando con la mayor escrupulosidad los mas insignificantes accidentes. En una de estas observaciones, acordándose de que él mismo se habia dado el derecho de crearse un estado mayor, reparó en un gefe, cuyo rostro tostado y aire marcial revelaban á primera vista al militar de temple. Collet se detuvo ante él y le interrogó:

—¿Cuanto tiempo llevais de servicio, señor comandante?

—Veinte años.

—De modo que contareis muchas acciones de guerra?

—Vi por primera vez las balas en las campañas de Egipto, y desde entonces acá he faltado solamente á una por hallarme gravemente enfermo.

—Padeceis de algun achaque?

—Únicamente padezco de las heridas recibidas en campaña, que, como podéis ver mi general, no son pocas, aun cuando ninguna me inutiliza.

—Seguidme, pues; os hago teniente coronel y oficial de la legion de honor.

—A vuestras órdenes, mi general: desde hoy me dedico todo á vuestro servicio.

Y el valiente veterano lleno de satisfaccion por la doble merced, quedó completamente conmovido.

No tardó mucho en difundirse por las filas la ocurrencia de esta eleccion, con lo que cada cual creyéndose predestinado, á trueque de tales ventajas quisiera ser del estado mayor.

Su escelencia el general Collet, eligió de esta manera un capitán y dos tenientes, á quienes convidó á comer, dando por finalizado el acto.

Antes de regresar á su casa tuvo á bien visitar las cajas de fondos públicos, es trayendo de ellos unos 20,000 francos. Con tal principio, fácil es colegir cuales serian sus mayores presas. En tanto que duró la comida, determinó los puestos y atribuciones que competian á cada uno de los oficiales de su estado mayor, previniéndoles que al dia siguiente saldrian para Aviñon. Llegados que fueron á este último punto, agregó al estado mayor tres oficiales, aumentando al total de la



caja 117,000 francos que halló en las de la ciudad, y sin mas detención tomó la vía de Marsella, acompañado siempre de su brillante escolta.

En Marsella y ante una multitud inmensa pudo Collet lucir de nuevo toda la brillantez de su magnifico uniforme, sus distinguidas condecoraciones y su hermoso estado mayor, pasando una gran revista á la guarnicion, compuesta de dos mil hombres, que presentaban las armas al futuro galeote. Collet agregó seis oficiales mas á su comitiva, los cuales se lisongearon bien pronto con la esperanza de algun ascenso, ó cuando menos la merced de ser condecorados con la cruz de la legion de honor. La ciudad entera se puso en movimiento para festejar dignamente al Excmo. Sr. Inspector General, á quien obsequiaron asimismo las bandas de los regimientos, y para que la alegría fuese completa hasta las areas públicas se le abren, ofreciendo á su vista el espectáculo de 200,000 francos, que toma sin el menor escrúpulo.

Habiendo pasado á Nimes halló solamente 50,000 francos, con los cuales muy á pesar suyo se contentó el modesto general... por no haber mas. Despues de tres dias salió para Montpellier, donde hizo su entrada con la serenidad y sangre fria que le eran propias. Acto continuo las autoridades y personas mas notables se apresuraron á rodearle: este tiene que hacerlo una súplica; aquel desea impetrar una gracia y todos le agasajan y felicitan... hasta el mismo Sub-prefecto, que se humilla á sus pies como el mas necesitado pretendiente. Collet le alhaga y colma su satisfacció prometiéndole el cordon de la legion de honor, en la que será alistado como gran oficial.

Pasó aquel dia empleado por Collet en hacer brillantes promesas, y al siguiente toda la guarnicion se hallaba formada en el campo de Marte, á fin de cumplimentar las órdenes de S. E. el Inspector General. Montpellier entero se agrupaba alrededor de las filas, esperando con impaciencia el momento en que habia de principiar la revista. He aquí que ese momento llega; el tambor mayor hace un gallardo molinete con su gran baston ricamente adornado, y la marcha real tocada por las bandas, y acompañada del confuso rumor de la multitud manifiestan que Collet se ha presentado ante las filas. El mentido general resplandeciente en fuerza del oro y pedreria de que iba cargado, parecia un principe Oriental.

Cuando la revista hubo finalizado, el Prefecto suplicó al Sr. Inspector le permitiera la honra de acompañarle á comer, fávör que dispensó gustosamente el astuto Collet.

La comida preparada en la Prefectura fué una verdadera comida de reyes. Cuadrúpedos, aves, peces, esquisitas legumbres, y aromáticos y delicados vinos, todo armoniosamente dispuesto, se halla cubriendo el inmenso mantel adamascado, que adornado con guirnaldas y ramilletes de olorosas flores, atrae la admiración de los concurrentes. Verdaderamente el gasto de este magnifico convite es un furioso ataque hecho contra el presupuesto de gastos de la casa; pero el Prefecto halla un consuelo en la recompensa, toda vez que el Sr. Inspector no cesa de repetir á sus oidos estas encantadoras palabras: «Sereis gran oficial de la legion de honor.»

Así, pues, la comida es alegre; cruzan los brindis en obsequio del señor conde de Borromeo, y en su obsequio tambien las músicas de la guarnicion festejan el convite con deliciosas y variadas tocatas.

Mas hé aquí que de repente una seccion de gendarmes rodea la Prefectura, y un gefe de escuadra seguido de algunos soldados se presenta en la sala del festin

donde invocando el nombre de la ley, prende al Sr. Inspector General, en medio del asombro de los convidados y del terror del mismo Collet.

El fingido conde de Borromeo es conducido á la cárcel, y entretanto el Prefecto adivina parte de la verdad, que solo sirve para hacerle sentir la pesada burla, de que es víctima. Poco despues de haber salido de Valencia, el intrépido Collet, el comandante de armas que no podia persuadirse de que la mision del Inspector General fuese tan secreta, que ni un simple oficio se le hubiese pasado por el ministerio de la guerra, deseoso de aclarar sus dudas sobre este particular, escribió á Paris, é inmediatamente que se recibió en el ministerio la comunicacion del comandante, se espició orden para prender al Inspector. Ya hemos visto como tuvo efecto esta prision en medio de la alegría de un espléndido banquete.

### CAPITULO IX.

*De como Collet disfrazado de cocinero huye de la prision para anudar el hilo de sus interrumpidas aventuras.*

**R**ECONCENTRANDO largo tiempo sus ideas, estuvo Collet aguardando á que le registraran; pues apesar del tiempo que llevaba encerrado, aun no se habia procedido al registro de costumbre, y esta circunstancia, luego que se hubo repuesto de su estupor, le valió la feliz ocurrencia de ocultar entre las suelas de sus botas y bajo el forro del sombrero 100,000 francos en villes. Pero el Prefecto que no podia perdonar á Collet la burla de que habia sido objeto, pensó vengarse de él haciéndole sufrir un humillante sonrojo, presentándole ante las autoridades á quienes tambien habian engañado las apariencias, al fin de un espléndido banquete, y como un objeto de burla y de irrision.

Mas no obstante, el astuto ladron aun conservaba su acostumbrada sangre fria. En un rincon de la estancia á que se le habia conducido, halla un cofre; le abre y vé un chaleco redondo, un gorro blanco y un delantal ó mandil tambien blanco perteneciente quizás á algun cocinero ausente. ¡Qué fortuna! Hé aquí mi salvacion, se decia asimismo, y despojándose de su traje se viste las nuevas prendas, murmurando la célebre máxima de *audaces fortuna juvat*, coge un plato en la mano, y dando un fuerte puntapié á la puerta, pasa por medio de los gendarmes con el mayor descaro, y adquiere de nuevo la libertad.

Fácil es comprender la rabia del Prefecto; cuando al término del festin se le anunció la fuga del prisionero. En el momento se dieron órdenes precisas y terminantes á la policia, que tendió sus redes por doquiera en su busca. Ofreciéronse 6,000 francos al que le presentára, y se practicaron las mas vivas diligencias para hallarle; pero todo era en vano. Collet en tanto dormia tranquilamente en casa de un albañil á quien ganó con oro, y cuya conciencia persuadió por el mismo medio.

Sin embargo, esta situacion no podia prolongarse, y Collet pensó en refugiarse en su regimiento, número 47, al que habia pertenecido. Escribió á sus camaradas, mintio una larga y penosa enfermedad que lo habia detenido largo tiempo en Montpellier, y les anunciaba al par que su restablecimiento su próxima vuelta. En esta carta tampoco se olvidó del supuesto Inspector, y hablando largamente de él, pensaba, y con razon, alejar de sí toda sospecha. En fin; juzgando sufi-

ciente el tiempo transcurrido para alejar de sí toda pesquisa, nuestro caballero de contrabando abandona á Montpellier, atraviesa rápidamente les Calenne y entra en Tulle. Apenas llega, cuando olvidado de los peligros que ha corrido, medita nuevas arterias.

En el hotel que se hospedaba vivia tambien un comisionado de la casa comercio de Grenoble titulada de Derranol, cuya voluntad y afecto se grangeó en muy pocos dias, consiguiendo entrar con él en relaciones mercantiles, y que le negociase una letra falsa de 12,000 francos, que no tuvo dificultad en verificar, deslumbrado con el brillante oropel y régio fausto que ostentaba el pretendido millonario. Embolsada esta suma, parte para Lorent, y sus compañeros al estrechar sus manos le daban pruebas de no estinguida simpatía. Pero ¡ay! esos fantasma de prestados brillos, se eclipsan luego que el motor de sus fuegos desaparece. Esas reputaciones y esas fortunas se derrumban y se desploman al empuje de la mano del tiempo y de la justicia.

Descubierto el engaño, el comisionado de la casa Dorrol persigue al falsario por la supuesta letra, lo halla en Lorent, lo denuncia, lo prenden, y encausado nuevamente y conducido á Grenoble lo condenan á cinco años de trabajos forzados y á una hora de esposicion á la vergüenza en la Picota. Su familia recibe la noticia de la infamia que ha recaido sobre uno de sus individuos, y á fuerza de oro y en virtud de recomendaciones y activas diligencias, consiguió que el condenado no pasara á Galcotes y permaneciese en Grenoble, donde á escepcion de la libertad de nada carecia. Cuatro años habia pasado cuando un viejo oficial, un venerable militar, llegó á visitar el establecimiento penal de Grenoble. Collet habia compuesto parte de su estado mayor, y al reconocer el oficial en él al pretendido Inspector General lo denuncia y es de nuevo incomunicado inmediatamente. Algunos dias despues dos gendarmes lo conducen á la sala de declaraciones, siéntase al lado de la chimenea, y poco despues llega el juez y el escribano principiando el interrogatorio.

«Mi horizonte se nublaba horriblemente»—decia Collet algunos años despues al narrar este episodio de su vida. Temiendo, como era natural, una sentencia mas grave que la de cinco años antes impuesta, invocó mi genio tutelar y me inspira la idea de quemar mi proceso. La chimenea, á cuyo lado estaba, ardia con una llama viva y roja; los gendarmes estaban uno á cada lado, y yo urgaba las ascuas con las tenazas medio empabonadas. Con esta resolucion me dirigí al juez encargado de interrogarme, y le confesé fingiendo sinceridad y arrepentimiento que yo era efectivamente el autor de algunos chascos que aparecian en el sumario; pero no de todos; que tenia cómplices, cuyos nombres daria á conocer al tribunal, suplicándole me confiase por un momento el proceso y le marcara aquellas burlas de que me confesaba culpable; teniendo gran cuidado de asegurarle que contaba con la inulgenca de la corte á favor de mis confesiones.

«Yo me comprometo á ser vuestro defensor, me dijo el juez. Vamos señaladme los chascos de que os reconocis autor.

Yo alargué la mano para tomar el legajo: despues de haberme detenido á buscar alguno de mis escamoteos, llamandé en mi ayuda á mi audacia, sacudí violentamente á los dos gendarmes que me rodeaban, cayendo á mis pies sillas y guardias. Los papeles habian sido devorados por las llamas; tuve la precaucion de prevenirme con un par de tenazas, con las que impedia que los gendarmes se aproximasen al hogar donde ardia el proceso de mis crímenes. Los gendarmes repuestos inmediatamente desnudaron los sables; pero ya era tarde, el hecho se habia

consumado. El juez y el escribano se habian quedado como estatuas en sus sillas; aquel golpe inesperado les habia aterrado de tal modo que no podian articular palabra; fué un *chasco completo*. En el acto se me cogió bruscamente, atándome á la pared de mi calabozo. Tres meses trascurrieron en este estado horrible, hasta que se me sacó de él para seguir la cuerda de presidiarios que debia marchar á Tolon.

## CAPITULO X.

*De como Collet hallándose otra vez entre sus compañeros de armas, es nuevamente preso y procesado por estafador, sufriendo por último la condena en un presidio, de donde salió al cabo de un año.*

**E**l largo período de un año permaneció nuestro héroe en la cárcel de Galeote, donde se mostró muy resignado, al cabo del cual logró su libertad y fijó su residencia en el pueblo de Pansin, departamento de Ain. Todo Galeote despues de cumplida su condena es vigilado por la policia, y hay algunas ciudades en que la autoridad ejerce esta vigilancia con sumo rigor. Las autoridades de Pansin observaron tal conducta con respecto á Collet, que le hicieron su yugo insorpotable. Desesperado de las persecuciones de que todos los dias era objeto, huyó previsto de todo el dinero que pudo reunir y marchó á Tolosa, donde encontró el modo de ser admitido entre los hermanos de la doctrina cristiana. El director de aquella santa casa en que Collet depositó una fuerte cantidad de dinero, trataba al handido con las mayores atenciones. Seis meses hacia que se encontraba en aquel asilo del cual no pensaba salir en mucho tiempo, haciendo propósito de reparar sus crímenes, por medio de una penitencia y observando una conducta sin tacha. Un dia tuvo un enuentro que hizo cambiar del todo su propósito; un tal Baudin que habia conocido en las cárceles de Montpellier, le reconoció. Collet le hizo callar á fuerza de oro, Baudin aumentaba sus exigencias, de modo que nuestro héroe no tenia ni encontraba mas recurso que la fuga. Teniendo que dejar á Tolosa, determinó dejar la ciudad por no fugarse con *las manoz vacias*. Finjió nuestro astuto ladron una carta en que se le anunciaba el envio de 100,000 francos, producto de la venta de una de sus propiedades. Los directores de la doctrina cristiana preguntaron á Collet en que pensaba emplear aquella cantidad tan enorme, á lo que respondió que sus intenciones eran comprar una finca en beneficio de la órden, y en agradecimiento de haberle admitido en el número de sus religiosos. Los buenos hermanos, le abrazaron y dieron gracias al Señor, bendiciendo el dia en que abrieron las puertas de su casa á un hermano tan bueno y que tan inmensos sacrificios hacia por el bien de la órden.

Algunos dias despues Collet, habia combinado sus planes, fué á visitar al notario Mr. Payant, le informó de su peticion y proyecto, preguntándole si sabia de alguna posesion para establecer un noviciado en aquellos alrededores. Mr. Payant le indicó una sita en el término de *Cugnaus*, perteneciente á Mr. Lajus. El notario se avistó con el propietario y convinieron en el dia y hora en que irian á visitar la posesion. Collet, notició el resultado de esta diligencia á los directores que prometieron acompañarle á la visita.

La finca convenía perfectamente al objeto para lo que la querían destinar. Después de celebrada la escritura fueron remitidas las llaves al nuevo propietario. Collet retiró los fondos y joyas que había puesto en poder de sus hermanos; los directores le dijeron que no sólo podía disponer de lo que cedió á la comunidad, sino de todo cuanto esta poseía, entregándole al mismo tiempo las llaves del arca del dinero que colocaron en su celda. Al otro día escribió Collet á Mr. Lajus rogándole tuviese la bondad de pasar á visitarle. Llegado que hubo le manifestó la imposibilidad de satisfacer el importe de la finca hasta fines del mes. Estando en esta conversacion entró el ecónomo á pedirle fondos para los gastos ordinarios del establecimiento. Collet, sacó del arca 1200 francos y se los entregó. Viendo todo esto Lajus, exclamó sonriéndose: ¿sois, pues, el tesorero de la comunidad?

— Si, me han honrado con este nuevo cargo, y os aseguro que hubiera deseado haber recibido mas fondos, pues me encuentro con alguna estrechez.

— Si, eso es verdad, aun conservo en mis arcas algunos miles de francos que pongo á su disposicion. Collet, aceptó y recibió de Mr. Lajus 50,000 francos, como préstamo, al conde Lerpinsas le pidió 20,000, á la condesa de Gruerre 5,000; á Mr. Bernasal, médico de la casa 3000, y así reunió hasta 74,000.

Un dia despues del último empréstito, Collet desapareció de Tolosa, llevándose 74,000 francos.

## CAPITULO XI.

*De como la muerte es el FINIS CORONAN OPUS de todos los humanos propósitos.*

Salido que hubo de Tolosa, presentóse Collet en Rochebacour bajo el nombre del conde de Golo, alquiló una habitacion amueblada en casa del comisario de policia Mr. Gataud, mostrándose generoso con todos, y repartiendo abundantes limosnas. El sagaz ladron, manifestaba á todo el mundo que su intencion era fijar su residencia en aquel punto, para lo cual pensaba comprar algunas fincas. Al momento se le presentaron hermosas propiedades, pero el señor conde de Golo no compró mas que un castillo, asegurándole al propietario que abonaría su importe en todo el mes, quejándose amargamente de su banquero del abandono en que le tenia por no remitirle fondos, á quien le habia escrito con ese objeto; y que tendria que negociar algunos valores que hubiera deseado conservar en la cartera. En un momento llovieron sobre él mil ofrecimientos, que nuestro conde no quiso rehusar, y ved aquí al ladron recibiendo nuevamente de infinidad de personas diversas cantidades que el guardaba bonitamente en su maleta. Del cura recibió 500 francos, del alcalde, á cuyo hijo protegía 3,000, de un propietario llamado Mr. Lebrane 7,000, de Mr. de Maquel 6,000, y 100 luisas por último del comisario de policia, cuya casa habitaba. Hecha esta recoleccion su esclencia desapareció riendo á mas y mejor de estas *inocentes burlas* que acababa de dar á las que se proponia añadir otras tan pronto como se le presentase ocasion.

Collet llegó á Maus, patria de los mas astutos rateros: poca variacion hizo en su persona de conde de Golo, se trasformó en conde de Gallat, y con este nue-

vo título se presentó en aquella población, en la que poco despues habia de caérsele la máscara. Apenas llegó se instaló en una suntuosa habitacion, se rodeó de un número considerable de criados, repartió limosnas numerosas, y compró algunas fincas sin reparar en el precio. Pronto adquirió infinitas relaciones, tenia además muchos miles de francos, y crédito sobre propiedades, esto como se deja fácilmente comprender, le daba mucha importancia. La primer finca que mas agradó al señor conde fué la Chouanais que pertenecía á Mr. Duronceret. Cerrado que fué el trato, el propietario rogó á Collet que conservase á los arrendadores, atendiendo su honradez y su celo por el bien de la finca. El señor conde no tenia motivo para obrar de otro modo, y accedió al ruego de Mr. Duronceret. Pasados que fueron algunos dias, trató de la venta de aquella propiedad con Mr. Trolait-Gabaut, joyero, á quien se la enagena en cambio de diamantes; no satisfecho con haber vendido una finca que aun no habia pagado, vende al mismo joyero unas tierras que no existian, sino en la imaginacion de Collet. Este hecho que parece increíble y que nosotros no nos atreveriamos á estamparlo en este lugar sino resultase probado en las justificaciones, de cuyas resultas nuestro héroe fué enviado por segunda vez á la cárcel de Galeotes; de donde no debia salir mas.

En Maus, como en Tolosa, como en todas partes, Collet empezaba por prodigar el oro á su alrededor.

El objeto de estas solicitudes del bandido eran los pobres, y esta especie de aureola de algunos beneficios habilmente distribuidos, con que le habian coronado, le libró algun tiempo, pero llegó un dia en que la justicia divina habia de mostrarse propicia hácia aquellos seres á quien tan habilmente habia escamoteado. Collet, supo que circulaban rumores sobre él en la ciudad, sin pérdida de tiempo compró un carruage y caballos que paga con un billete firmado por conde Gallat, y á la media noche con los abundantes productos de sus raterias dejó aquella ciudad, pero todo fué inútil, la policia le persigue con ardor, hasta que por fin cae en su poder, conduciéndole á Maus y encerrándole en una prision.

El velo que ocultaba á aquel miserable se descorrió con la sumaria que hubo que formarse al bandido: entonces se vió tal como era á *Anselmo Collet*. Súpose su decision, su fuga del convento de misioneros, sus escamoteos de Nápoles, de Roma, de Valencia, de Avignon, de Nimes, de Montpellier de Tolosa, de la Rochebâcour y de Maus.

Llegó por fin el gran dia de los debates. Collet no negó nada en sus declaraciones, confiesa sus crímenes, mostrandose arrepentido para implorar la piedad de sus jueces, pero los jueces inflexibles necesitaban un ejemplo. El Tribunal observó que eran demasiado numerosos los crímenes de Collet, habiendo perseverado en ellos demasiado tiempo para que desconociese la necesidad de imposibilitarlo para que en adelante no pudiese cometerlos. Habia además reincidido, y este hecho debia agravar su condena. Por último Collet fué condenado á veinte años de trabajos forzados, y espuesto por segunda vez en la plicota á la vergüenza pública. Despues fué conducido á la cárcel de Brest.

Por espacio de cinco años su prision fué tolerable pues con su dulzura aparente, se habia captado la voluntad de sus superiores. Por su desgracia un dia le sorprendieron unas cartas que habia recibido de fuera, sin que tuviese noticia de ellas la autoridad.

De resultas de este contratiempo, y por haber faltado á los reglamentos, fué trasladado á la cárcel de Rochefort.

Segun dice el mismo Collet en una relacion de este penoso viaje no tuvo motivo mas que para elogiar á la gendarmeria; cuando llegaron á las puertas de la ciudad, salió á recibirlos un ayudante encargado de la cárcel, cuya hermosa figura causó una impresion muy grata á Collet. El cuartel-maestre hechando pie á tierra dijo señalando á nuestro héroe:

Este hombre no es tan criminal, como se pretende. Tanto mejor exclamó el ayudante, sin embargo ponedlo en lugar seguro.

La ciudad de Rochefort se puso en movimiento para ver á Collet, su fama le habia precedido, fue necesario usar del rigor para abrir camino á Collet por entre los grupos del pueblo que en revueltas oleadas estorbaban el paso. Collet, estaban acostumbrado á estas oraciones, aunque no sin experimentar cierto sentimiento de religion á las curiosas miradas de la multitud. Tal es nuestra miseria, el mal del proximo nos divierte, y si casualmente la vista de algun Galeote, se fija en la nuestra, tenemos un momento de sensibilidad y de compasion hácia aquel desgraciado, pero bien pronto nosotros mismos sabemos apartarnos de ella con esta reflexion.—Quien la hizo que la pague: él se tiene la culpa!!!

Y vemos la cárcel que baña sus deformes pies en las olas. El preso suspira mejor en su encierro, aunque su situacion es la misma: el arrepentimiento y la paciencia le ayudan á soportar su rigor.

El Comisario recibió á Collet en su despacho, y lo entregó en seguida al ayudante que le habia salido á recibir diciendole:

—Haced lo que os he ordenado.

Una orden tan terminante y energica desconcertó á Collet.

¿Que van á hacer? Porque ellos lo pueden hacer todo... Reflexionó el bandido, habrán imaginado festejar su instalacion con una paliza de mano de maestro?

¡Quién sabe! dejemosle hacer!

¡El cordero ofrece su cuello al tajo, y el esclavo las espaldas á su señor!!!

He aquí lo que habia pasado.

Se sospechaba que Collet tenia los diamantes de la corona y por asegurarse de ello se le registró escrupulosamente en un rincon del vestibulo. Concluido el registro se le encerró en el calabozo núm. 2.

Los calabozos están dispuestos de manera que los huéspedes que han de habitarlos, puedan oir todo lo que los gefes hablan, por cuya razon saben los presos los mas grandes secretos. ¡Esto á lo meaos es una compensacion!

He aquí la que tenian dos celadores, y que Collet escucho sin perder una palabra.

—Llegó el obispo?

—Llegó, y si vieras lo gordo que viene y lo medrado, pero no temas que cuando hayan pasado unos años por él, en estos encierros, no estará tan rollizo.

—¿Y donde lo han llevado?

—Al calabozo.

—¿Pero que ha hecho?

—Nada.

—Nada, pues porque le encierran?

—Porque aseguran que tiene en su cuerpo todos los diamantes de la corona.

—Y cuando saldrá.

—Cuando los restituya.

Un instante despues oyó Collet al ayudante de la vispera que decia.

—Se ha abierto el calabozo á ese hombre?

—No.

—Pues que no se abra sino á mi presencia.

—Basta.

El ayudante no tardó en volver. Hizo algunas preguntas sobre Collet, y dirigiéndose al bandido le preguntó como se encontraba.

No muy bien le contestó Collet, y estraño mucho este trato cuando en nada he faltado á los reglamentos. Conducidme ante el comisario.

—Nada mas fácil.... Y el ayudante desapareció, cerrando la puerta tras de sí y dejando á Collet esperandole.

El consuelo empezó á penetrar en el corazon de Collet, cuando el 25 de Diciembre 15 dias antes de cumplir su condena fué atacado de una grave enfermedad que le habia de conducir poco despues al sepulcro.

Collet, que veia reflejar el sol de su libertad en la cadena, quiso luchar con la muerte, ¡pero era una lucha tan desigual; debia morir, y murió! la venganza divina le alcanzo.

Las ultimas palabras de Collet fueron estas:

«Un solo pesar me acompaña al bajar al sepulcro. El pesar de morir Galeote.

Tal fué la vida de Collet... tal fue su muerte.

Al decir estas palabras aquel hombre audaz, aquel hombre sin temor ni verguenza á todo lo de este mundo, cerró los ojos para no volverlos á abrir jamas.

**FIN.**

*Andrés Ferrnandez*

1889

*[Signature]*